



FACULTAD DE TEOLOGÍA
SAN VICENTE FERRER

ANALES VALENTINOS

REVISTA DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA
Nueva Serie 2021 Año VIII / N° 15
ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| M ^a Milagros Cárcel Ortí La Archidiócesis de Valencia en 1922. Relación del Cardenal Reig en su visita <i>ad limina</i> | 1 |
| Mateo Blanco Cotano – Jesús Plano García Juan de Ribera, Obispo de Badajoz, en el Concilio Provincial Compostelano de 1565 | 61 |
| Alfonso Esponera Cerdán Significativas presencias de Savonarola en la Valencia del XVIII y XX | 117 |
| Jesús Girón Izquierdo La Iglesia se reúne convocada por la Palabra de Dios. El recorrido del Santo Cáliz hasta su llegada a Valencia | 143 |
| Vicente Botella Cubells Inscritos en el régimen de la mediación: presencia, palabra y sacramentalidad. Reflexión a propósito de Lc 7,1-10 | 159 |
| Fernando Chica Arellano La pandemia y la lucha contra el hambre. Rediseñar la acción de apoyo a los más pobres | 177 |
| Pascal Nizeyimana – Justo Aznar Luca Magisterio de la Iglesia Católica en Ruanda sobre la regulación de la fertilidad humana | 203 |
| Enrique Orquín Fayos Acompañamiento espiritual durante y después de un proceso de nulidad matrimonial canónica | 215 |
| Pedro Ruz Delgado Monumento urbano al Arzobispo Olaechea (Valencia, 1978). El agradecimiento hecho arte en bronce | 237 |
| Recensiones | 253 |
| Publicaciones recibidas | 273 |

RECENSIONES

TEOLOGÍA

SARANYANA, J.-I., *Historia de la teología cristiana (750-2000)*, Eunsa, Pamplona 2020, 992 p.

Estamos ante una importante obra histórica, que recorre las vicisitudes de la teología desde el siglo VIII hasta finales del XX a lo largo de casi mil páginas; quizá lo que más llama la atención en ella sea la originalidad de su planteamiento, y la metodología empleada, que rompe los moldes clásicos en este tipo de estudios, algo que deberá ser valorado, como haremos a continuación.

El estudio está dividido en dos grandes partes, siguiendo un criterio particular; en la primera abarca desde el siglo VIII hasta el XVII finales. La segunda desde la Ilustración hasta finales del siglo XX, y dentro de ella dedica al siglo XX la mitad de todo el volumen (p. 465-972). En la primera parte se aborda el período carolingio, la preescolástica, seguido de la Escolástica propiamente dicha y, especialmente el gran Siglo de Oro (s. XIII) de la misma. Viene a continuación el protestantismo, la gran teología de la Escuela de Salamanca, Trento, la mística española y la teología hispanoamericana del siglo XVI. Al gran siglo francés (s. XVII) está dedicado el siguiente capítulo.

Ya en la segunda parte se expone el pietismo luterano, el Deísmo y la Ilustración. Sigue el debate jansenista del siglo XVIII. En el siguiente capítulo aborda la teología durante el ciclo liberal, con un criterio algo confuso. El concilio Vaticano I y su recepción antecede al capítulo más extenso de toda la obra (200 páginas), sobre los debates teológicos hasta el Vaticano II. Al Concilio Vaticano II se le dedica un capítulo íntegro. Otras 100 páginas exponen la teología dogmática de la segunda mitad del siglo XX. Siguen la renovación de la teología moral, la teología de la liberación y la teología de la mujer. Finalmente, el último capítulo (cap. 15) está dedicado a teólogos españoles posteriores al Vaticano II. Una esmerada exposición con cierto detalle de todos estos temas, suponen sin duda un interesante material de estudio.

Entre los muchos valores positivos de este libro, cabe señalar una redacción muy cuidada; una gran erudición en la exposición de los temas, con las

correspondientes referencias bibliográficas; muy útil para conocer a fondo algunos de los temas expuestos con extensión y competencia; resulta sugerente en muchos de los capítulos por su originalidad en el tratamiento de los mismos. Está especialmente bien conseguido el cap. 12, ep. 3 (p. 714-788) sobre la teología católica después del Vaticano II, donde se hace una exposición brillante de Urs Von Balthasar, J. Ratzinger, L. Bouyer y otros. En definitiva, es una obra de consulta obligada por todo aquel que quiera saber en el campo de Historia de la teología. Se percibe inmediatamente al leerlo que es una obra fruto de largos años de estudio y docencia al más alto nivel.

En algún momento se hace referencia a esta obra como un “manual” para los estudiantes de Historia de la teología. Aquí el concepto de “manual” se toma, sin duda, en un sentido muy amplio; es difícil que una obra densa como esta, con casi 1000 páginas, pueda servir para jóvenes estudiantes que parten de cero seguramente en su cultura histórica. Más bien se trata de una obra de estudio para especialistas, o en todo caso de consulta particular; naturalmente en nuestra opinión.

Cabe señalar, con todo, algunos defectos y lagunas importantes. Se comienza en el siglo VIII, sin tener en cuenta para nada la teología patristica, sin la cual no se acabaría de entender la Edad Media. La división en dos largas partes sigue un criterio poco claro, las dos “sacudidas históricas” que señala el autor, suponen un criterio filosófico más que teológico (la filosofía del *esse* de santo Tomás, y el *empirismo* de Hume, presupuesto del criticismo kantiano). En santo Tomás habría que señalar más bien su gran aportación al elevar la teología al rango de ciencia propiamente dicha.

Citar también un cierto desequilibrio entre las partes y capítulos de esta obra; a santo Tomás le dedica 10 páginas, a K. Rahner 20. A la famosa Escuela de Salamanca (del siglo XVI) en su conjunto, se le dedica tan solo 8 páginas (con autores tan importantes como Vitoria, Soto y Cano), sin referirse a la gran renovación de la teología escolástica, bajo el influjo del Humanismo dominante; de la original gnoseología teológica que suponen los *loci theologici* de la Escuela de Salamanca, solo se hace una breve síntesis al tratar de Melchor Cano; todo ello sin tener en cuenta que en los últimos 10 años del siglo XXI han aparecido unos 2000 estudios serios sobre estos temas. La comparación surge espontánea: por ejemplo, a algunos filósofos como Descartes le dedica 11 páginas; a Hume 7 páginas a él solo; y también, M. Scheeben es expuesto en 10 páginas, más que a Francisco de Vitoria al que le dedica tan solo 2 páginas; a un teólogo no muy conocido como R. Panikkar, cuya importancia un tanto magnificada por el autor es discutible, le dedica 13 páginas a él solo, con un estudio muy detallado (que incluyen sus Memorias personales), haciendo una valoración muy suave y comprensiva de algunas de sus ideas, no del todo acordes con la Declaración *Dominus Iesus*, de la Congregación para la Doctrina de la Fe, del 6 de agosto de 2000, subtitulada *Sobre la Unicidad y Universalidad salvífica de Jesucristo y la Iglesia*.

En la misma línea, ya señalábamos que la mitad del libro expone la teología del siglo XX (p. 465-972), lo cuál plantea un interrogante acerca de la metodología y el propósito del autor. Se pensaría más bien en una monografía *a se* sobre este periodo histórico, más que en un libro de Historia de la teología en su conjunto. La carga quizá excesiva de valoraciones, opiniones y selección de temas que hace el autor, le da un cierto tinte de ensayo, más que de historia rigurosa (cf. por ejemplo p. 809-810).

Sorprende también el cap. 13 sobre la renovación de la teología moral (ep. 3), del donde tras hacer una brillante exposición de las posturas de Marciano Vidal, expone las aportaciones de una serie de moralistas todavía en activo (L. Melina, J.J. Pérez Soba, A. Rodríguez Luño o A. Sarmiento). Algo semejante ocurre en el capítulo dedicado a los teólogos españoles posteriores al Vaticano II (cap. 15), donde contempla a algunos autores todavía vivos. El lector se podría plantear entonces: ¿se trata de una Historia de la teología propiamente dicha, o de una buena crónica sobre el estado de la teología a día de hoy?

También se podría señalar que parece tratarse de una historia de la teología occidental, puesto que casi no hay mención de la teología ortodoxa oriental, ni de la teología africana y oriental-asiática. Igualmente sorprende al lector el tratamiento que hace de los teólogos españoles de entreguerras, que, junto a algunos significativos, señala otros muy de segunda fila con aportaciones muy pobres.

En definitiva, en conjunto se podría afirmar que esta obra parece evitar la presentación de una visión global de la teología; se echa en falta una cierta síntesis de las líneas de fuerza, que discurren a lo largo de las diversas épocas de la teología; tampoco se enfatizan los momentos claves que suponen un progreso especial, o un cambio de rumbo en el quehacer teológico, tomado en su conjunto. A veces da la impresión de que estamos ante una sucesión de fragmentos yuxtapuestos, eso sí expuestos con competencia y erudición, pero no se percibe la necesaria continuidad en los diversos capítulos históricos que se tratan. Priva un análisis muy desarrollado de contenidos e ideas, en detrimento de una exposición sintética del conjunto.

Juan Belda Plans

URÍBARRI BILBAO, G., *La vivencia cristiana del tiempo*, (Estudios y Ensayos 251), BAC, Madrid 2020, 156 p.

Gabino Uríbarri Bilbao, S.J., es profesor ordinario de teología dogmática en la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Comillas. Prolífico escritor, renombrado conferenciante y experto docente, ha realizado atinadas incursiones en diversas disciplinas, como la cristología, la espiritualidad, la patrística, la vida consagrada, la Trinidad, etc.

En esta monografía, esmeradamente publicada por la prestigiosa editorial BAC, el autor ha recopilado con acierto estudios suyos sobre cuestiones de escatología, ya aparecidos en algunas revistas. El resultado ha sido un libro atrayente por su estilo sencillo, pedagógico y conciso.

Se percibe en estas páginas la larga experiencia académica y expositiva de este egregio jesuita. En ellas aborda una vertiente de nuestra vida que a todos nos afecta y ante la que pocos quedan indiferentes. Me refiero al tiempo. Lo hace con seriedad y provisto de las armas de la fe y la inteligencia. En la actual coyuntura, signada por prisas y congojas, por preocupaciones y convulsos sentimientos, las consideraciones del autor aportan una valiosa luz. Son un acicate para plantear nuestra vida desde la atalaya correcta y descifrar dimensiones fundamentales de la existencia humana.

El autor formula al inicio del volumen diversas interrogaciones y, en cinco capítulos, logra responder a ellas con pericia y claridad: ¿Pertenece al núcleo de la fe cristiana una forma de situarse sana, serena y gozosa en medio del discurrir del tiempo, liberado de desazón, pleno de esperanza, habitado por la alegría? ¿Hay un modo propiamente cristiano de vivir el tiempo? Si así fuere, ¿en qué consiste? ¿Modifica, enriquece, troquela la fe cristiana la vivencia del tiempo? ¿Qué aporta el mensaje de Cristo a esa vivencia? ¿Supone su Palabra una buena noticia para nuestra época, sus zozobras e inquietudes?

Tras la introducción, el padre Uríbarri repasa el periplo recorrido por la escatología cristiana. En su análisis hasta nuestros días resalta los aspectos más sobresalientes de esta materia, indicando sus jalones esenciales, sus puntos más destacados y sus etapas principales. Seguidamente, esboza los desafíos pendientes que la escatología tiene planteados. Entre ellos enfatiza la conceptualización propia de la inflexión que el acontecimiento Cristo Jesús en su conjunto ha supuesto en el devenir del tiempo y de la historia: encarnación, anuncio del reino de Dios, muerte, resurrección, ascensión, asentamiento a la diestra del trono de la Majestad y relación viva como Señor con aquellos que ahora le pertenecen.

En un segundo momento, el autor estudia las diversas modalidades de tiempo que la teología ha de pensar. Para ello examina las transformaciones que el acontecimiento Cristo Jesús opera en el tiempo, junto con otros elementos fundamentales desde el punto de vista teológico, como la creación y el pecado, que afectan al transcurso del tiempo y su modulación.

Posteriormente, y bajo el título: "Habitar en el "tiempo escatológico"", Uríbarri afronta la cuestión central sobre todo de la mano de la teología dogmática. Siguiendo algunas intuiciones de Erik Peterson, elabora de forma más sistemática la transformación que Jesucristo opera en el tiempo, individuando los perfiles del concepto del tiempo escatológico, por otra parte, muy determinantes a lo largo de todo este libro. Para el autor, "el tiempo escatológico es aquel iniciado por Jesucristo con su encarnación, vida, muerte y resurrección, en el que los cristianos habitamos gracias al bautismo, ingresando en el estatuto de la vida

salvada, participando de los bienes salvíficos y de la comunión de vida con el Señor de la gloria. Es un tiempo determinado por Cristo y la pertenencia a Él, por eso también lo denomino tiempo crístico” (p. 16).

El capítulo cuarto, “Escatología y eucaristía”, confronta esta concepción del tiempo escatológico con la comprensión de la eucaristía y los demás sacramentos. Al respecto, traza una serie de ejes para mostrar que la escatología cristiana es de corte sacramental. Así, una de las tesis de este ensayo estriba en defender que la comprensión cristiana de la escatología se deteriora si no se trenza primorosamente con los sacramentos y la sacramentalidad propia de la fe cristiana. Desde la óptica de la fe cristiana, el tiempo escatológico, el tiempo nuevo inaugurado por el acontecimiento Jesucristo es, también, un tiempo sacramental, eclesial y pneumático.

Por último, en un quinto momento, el autor, apoyado en el quicio de la fe, suministra pistas para que el cristiano viva la cotidianeidad desde una perspectiva radical, sana y reconciliada. Se trata de afrontar el tiempo sin angustias ni veleidades, sino de manera esperanzada y plena. El cristiano está llamado a vivir el tiempo sin ansiedad, como don divino, lleno del Espíritu Santo.

Al final del volumen se ofrece una bibliografía selecta, para quien quiera profundizar en alguno de los elementos estudiados por el autor.

La lectura de esta publicación proporciona un remanso de paz. Uríbarri, con sus reflexiones, otorga pautas bien pensadas para no sucumbir al pesimismo ni adquirir visiones sesgadas y erróneas de la existencia humana, que ha de entenderse como una peregrinación hacia el encuentro pleno con el Señor de la gloria. Desde esta angulación, el tiempo siempre juega a favor del cristiano, que aguarda vehementemente la parusía, la llegada triunfal y en poder de Cristo para instaurar de manera definitiva el Reino de Dios ya incoado. En la celebración de la liturgia, también en la plegaria del “Padrenuestro”, se rumia esta verdad de diversas maneras, pidiendo la venida de nuestro salvador Jesucristo.

Concluyendo, este volumen se vuelve una fuente de espiritualidad, un arsenal de claves para contrastar el pensamiento actual, que no valora suficientemente la experiencia ni la sabiduría nacida de los años. La mentalidad vigente prima en exceso el ser joven y además parecerlo. Se detesta el paso del tiempo por las secuelas que deja. Nadie queda libre del deterioro corporal, pero la fe nos dice que este desgaste no ha de conducirnos a la depresión o al amilanamiento. Para vencer estos nocivos influjos, el autor se alinea con san Pablo, que reconoce la verdad de este menoscabo, sin por ello agobiarse ni desmoralizarse. Del apóstol aprendemos a mirar el transcurrir del tiempo desde otra ventana: “Por eso no desfallecemos. Aun cuando nuestro hombre exterior se va desmoronando, el hombre interior se va renovando de día en día” (2Cor 4,16). Esta obra subraya precisamente esta aseveración paulina y nos alienta a no olvidarla. Agradecemos al autor haberla desglosado en sus consideraciones, formuladas con pulcritud y destreza a lo largo de estas páginas. Nos ayudan a captar la

presencia del Señor en nuestra vida. Saber que estamos en sus divinas manos es la manera cristiana de recorrer nuestro camino existencial con pleno sentido y alegría, como preparación y víspera del encuentro definitivo y glorioso con Cristo, nuestro Redentor. Fue esta gran verdad la que reiteró el papa Francisco, cuando afirmó sin rodeos: “La vida es un don del infinito amor de Dios, pero es también el tiempo de verificación de nuestro amor por Él. Por eso, cada momento, cada instante de nuestra existencia es un tiempo precioso para amar a Dios y para amar al prójimo, y así entrar en la vida eterna” (*Angelus*, 24-I-2021).

Fernando Chica Arellano

ESPIRITUALIDAD

Obras completas de Santa Isabel de la Trinidad, V. Martínez-Blat (trad., intr. y notas), (BAC maior 129), BAC, Madrid 2020, 931 p.

Hay que agradecer a la editorial Biblioteca de Autores Cristianos la feliz iniciativa de publicar en español, en su prestigiosa colección “BAC maior”, las obras completas de sor Isabel de la Trinidad Catez Rolland (1880-1906), egregia religiosa carmelita descalza. Esta edición sale a luz, con todo lujo de detalles críticos y precisiones estilísticas, con el propósito de enardecer el interés por una insigne religiosa que, en tiempos tan frenéticos y duros como los nuestros, destaca por su llamada a vivir la vida cristiana alejados de la mediocridad, la superficialidad y la tibieza. La existencia de esta célebre testigo del Evangelio es un grito que clama por la interioridad y el trato asiduo y sin doblez con Dios. Así lo confiesa ella misma en una carta dirigida a la señora de Sourdon, poco después del 15 junio 1902: “Oh, sí, querida Señora, vivamos con Dios como con un amigo, avivemos nuestra fe, para estar en comunión con Él a través de todo, es eso lo que hace a los santos. Llevamos nuestro Cielo en nosotras, puesto que Aquel que sacia a los glorificados en la luz de la visión, se da a nosotros en la fe y en el misterio ¡es el Mismo! Me parece que he encontrado mi Cielo en la tierra, porque el Cielo es Dios, y Dios es mi alma. El día que comprendí esto, todo se iluminó en mí, y querría decir a media voz este secreto a todos los que amo, para que también ellos, a través de todo, se adhieran siempre a Dios, y que se realice esta oración de Cristo: “¡Padre, que sean consumados en el Uno!”” (p. 279).

Sor Isabel de la Trinidad tiene la capacidad de exponer con palabras claras y comprensibles las grandes verdades de la fe, volviéndolas además sugerentes, para que el discípulo de Cristo comprenda que seguir al Maestro no es una empresa ardua y circunscrita a unos pocos privilegiados. Ciertamente no. Consiste, más bien y simplemente, en descubrir en lo ordinario de la vida que la clave de la felicidad estriba en una muy grande unión con Dios. En este sentido,

hacer de su alma la casa de la Santísima Trinidad fue la gran realidad de la vida interior de esta Santa, su contribución más original. En efecto, en uno de sus tratados espirituales, "El cielo en la fe", ella misma lo afirmaba: "Por el bautismo, dice san Pablo, hemos sido injertados en Jesucristo. Y también: "Dios nos ha hecho sentar en los Cielos en Jesucristo para mostrar a los siglos venideros las riquezas de su gracia". Y más adelante: "Vosotros ya no sois huéspedes o extranjeros, sino de la Ciudad de los santos y de la Casa de Dios. La Trinidad, he ahí nuestra morada, nuestro "hogar", la casa paterna de donde no debemos salir jamás. El Maestro lo dijo un día: "El esclavo no se queda en casa para siempre, pero el hijo permanece siempre"' (p. 690).

El volumen despliega todas las galaxias del vasto universo espiritual de una conspicua carmelita descalza. Plasma la desnudez de su fe de manera pulcra y bien estructurada, siguiendo el orden de afamados conocedores de la Santa, en especial del estudioso belga Conrad de Meester, fallecido en el año 2019, que analizó minuciosamente la doctrina de esta reputada autora. De este modo, la presente edición vertebrada los escritos de sor Isabel en estos apartados: 1) Deberes de estilo (fragmentos literarios). Son sencillos ejercicios de redacción realizados por la joven Isabel, entre 1892 y 1898, para perfeccionar su estilo literario; 2) Notas íntimas. Se trata de un manojo de reflexiones sobre las profundas vivencias espirituales de la autora; 3) Diario espiritual (1899-1900), donde anota los ecos que despiertan en su alma algunas predicaciones oídas; 4) Epistolario (342 cartas); 5) Poesías; y 6) Tratados espirituales.

Al recorrer estas páginas, impresiona observar la policromía de un alma tan delicada como la de Santa Isabel de la Trinidad, la riqueza de su pensamiento teológico, la densidad de su humanidad y la consistencia de sus virtudes. Todos estos rasgos hacen de esta eximia hija de santa Teresa de Jesús una de las figuras místicas más eminentes de la historia reciente de la Iglesia. Contemporánea y coterránea de santa Teresa de Lisieux, tal vez sea menos conocida que esta, pero no por ello menos preclara, prolífica y significativa. A pesar de que solo se ha otorgado el título de Doctora de la Iglesia a la Santa de Lisieux, es indudable que la hondura espiritual, originalidad y atractivo del magisterio de la de Dijon la hacen firme candidata a recibir igual distinción. En efecto, son multitud los que sostienen que sor Isabel se está haciendo merecedora de ser inscrita en el catálogo eclesial de doctores por la preciosidad de sus enseñanzas y el influjo que las mismas están ejerciendo, no solo en los miembros de la vida consagrada, sino también en quienes han optado por vivir con seriedad y empeño tanto su vida cristiana como su misión evangelizadora.

Asombra percibir cómo, en sus pocos años de vida, esta ilustre carmelita francesa corrió mucho en el camino de la perfección evangélica y ahondó de manera sublime y original en el misterio trinitario, prestando el inigualable servicio de comunicar a otros, de modo bello y directo a la vez, sus experiencias de intimidad con Dios, sus ansias de imitar a Cristo, su adorado Maestro, y su

docilidad a las mociones del Espíritu Santo. Y todo ello lo hizo sin alardes, en la sobriedad de un monasterio contemplativo, con la pasión de quien no desea guardar ávidamente para sí vivencias que pueden colmar a otros de una plenitud y una dicha sin ocaso.

En su deseo de traer el cielo a la tierra, Isabel ingresó el dos de enero de 1901, a los veintiún años de edad, en el convento de carmelitas descalzas de Dijon, ciudad donde vivía con su familia. Sus días en el claustro tuvieron una sola aspiración: ser “alabanza de gloria de la Santísima Trinidad” y crecer cotidianamente “en la carrera del amor a los Tres”. Vistió el hábito el ocho de diciembre de 1902 y el once de enero de 1903 resplandecía de gozo al emitir sus votos religiosos en la Orden del Carmen, a la que amaba intensamente y de la que hizo numerosos y elocuentes elogios.

El periplo de Isabel en el Carmelo no estuvo falto de sufrimiento. Sin embargo, como el oro que se purifica en el crisol, esta enamorada de Cristo remontó oscuros valles inmolándose, completando en su carne lo que le falta a la pasión de su Esposo, animada continuamente por su ardiente deseo de vivir “escondida con Cristo en Dios”, según la exhortación de san Pablo (cf. Col 3,3), al que ella admiraba apasionadamente. En este sentido, los núcleos que sintetizan su vida como cristiana, religiosa y carmelita son la soledad, el diálogo amoroso con Dios en la oración, el gustar la divina presencia, la vivencia de la inhabitación trinitaria, el silencio, tanto interior como exterior, el ofrecimiento sincero, el abandono y la inmolación. Con su ejemplar entrega, su constante humildad, su austero recogimiento, el cuidado con que aguzaba su oído para agradar en todo a Dios, el entusiasmo con que se dedicó a meditar y rumiar la Escritura Santa y con su doctrina sucinta y sólida, Isabel ha legado a la posteridad una veta inagotable de reciedumbre interior que no deja de atraer, nutrir e inspirar a cuantos la descubren.

A causa de una úlcera de estómago, Isabel dejó este mundo el nueve de noviembre de 1906, pero la Providencia logró, valiéndose de mediaciones humanas, que todo el tesoro de su unión con Dios no quedara circunscrito a la clausura y enriqueciera al mundo, dejando un benéfico rastro, un surtidor de felicidad, una abundante cosecha que ha aprovechado a infinidad de personas y lo sigue haciendo.

Sor Isabel fue beatificada el veinticinco de noviembre de 1984 en la basílica de San Pedro, en Roma, por san Juan Pablo II. Treinta y dos años después, el dieciséis de octubre de 2016, el papa Francisco la encumbró al honor de la santidad. En la ceremonia de su canonización, dijo con acierto en la homilía: “Los santos son hombres y mujeres que entran hasta el fondo del misterio de la oración. Hombres y mujeres que luchan con la oración, dejando al Espíritu Santo orar y luchar en ellos; luchan hasta el extremo, con todas sus fuerzas, y vencen, pero no solos: el Señor vence a través de ellos y con ellos”. En verdad, quien toma entre sus manos este volumen, advierte nítidamente que sor Isabel

supo combatir con la plegaria la buena batalla del amor y arraigarse con firmeza en la fe, de forma que su corazón rebosara de generosidad y fidelidad.

A este respecto, quizás lo mejor de esta publicación sea que consigue convertir al lector que saborea su contenido sin prisas en hombre o mujer de oración, animándolo a suplicar día y noche, sin cansarse, que la Trinidad habite en él, que el Espíritu Santo ore en él, que lo aliente y lo conduzca por sendas de misericordia divina.

En la consecución de esa meta es encomiable el gran trabajo realizado por Vicente Martínez-Blat, O.C.D., con su esmerada traducción, sus pertinentes introducciones y enjundiosas explicaciones, así como con la elaboración de unos valiosos apéndices finales que ilustran primorosamente la talla humana, literaria y espiritual de Isabel, el uso que hace de la Biblia y otras cualidades idiomáticas de la autora. El padre Martínez ha elaborado asimismo una utilísima antología temática y unos índices que favorecen la consulta de esta excelente obra, que espolea sin cesar a quien la estudia a vivir sus promesas bautismales con toda radicalidad y a rezar sin desfallecer para hacer del propio corazón un templo para la Trinidad.

Concluyendo, a cuantos viven desorientados o embaucados por falaces espejismos, con su doctrina, sor Isabel les muestra a Dios como una roca donde fundar su esperanza y los alienta a acoger sin remilgos su Palabra como brújula certera para no extraviarse, como sementera en donde hallar razones para vigorizar la propia existencia. De este modo, y esta monografía es un emblemático testimonio, la Santa sigue revelando a la Trinidad como manantial de caridad infinita, como cristalina fuente para irrigar una vida sin crepúsculo.

Fernando Chica Arellano

PASTORAL

ROMERO, O.A., *Homilias para un pueblo que sufre. Ciclo B/1 (1978-1979)*, M. Cavada Díez (ed.), BAC, Madrid 2020, 541 p.

La prestigiosa editorial BAC ha sacado a la luz un nuevo volumen de sermones del que fuera Arzobispo de San Salvador, Mons. Óscar Arnulfo Romero y Galdámez, nacido en Ciudad Barrios (Departamento de San Miguel), en 1917, y cruelmente asesinado mientras celebraba la Santa Misa, en la capilla del hospital Divina Providencia (San Salvador), el 24 de marzo de 1980. Fue canonizado por Su Santidad el papa Francisco, el 14 de octubre de 2018.

El libro recopila las treinta y una homilias pronunciadas por el Prelado en la Santa Iglesia Catedral de San Salvador, desde el 3 de diciembre de 1978 hasta el 17 de junio de 1979. Corresponden al ciclo B de la liturgia de la Iglesia. No se

incluyen las de los domingos 28 de enero y 4 y 11 de febrero de 1979, porque el Arzobispo estaba ausente de su sede, encontrándose en Puebla de los Ángeles (Méjico), para participar en la Tercera Conferencia General de Episcopado Latinoamericano; así mismo, tampoco predicó en la Catedral los domingos 29 de abril y 6 de mayo de 1979, por hallarse en Roma, adonde fue invitado por las Religiosas Dominicanas de la Anunciata para asistir a la beatificación del dominico misionero catalán Francisco Coll y Guitart, su fundador.

El texto de los sermones reproduce, con integridad y esmero, las grabaciones radiofónicas de las homilias de mons. Romero. Este insigne pastor no llevaba por escrito sus predicaciones. Se servía solamente de un esquema manuscrito con los pensamientos principales de la predicación y algunas citas de documentos que leía cuando retenía conveniente.

El lector de esta publicación se percata inmediatamente de que estas piezas oratorias reflejan un estilo originalmente oral. No son, pues, un ejercicio literario o académico, sino la expresión de su alma, volcada toda ella en el ejercicio responsable de su ministerio evangelizador. Cada homilía es canal privilegiado de comunicación entre el pastor y la grey que le fue confiada por la misericordia divina. Esto, sin lugar a dudas, impregna cada sermón de una singular pujanza, de especial vivacidad, de belleza incomparable. Se explica, entonces, la inserción editorial de los puntos suspensivos, para indicar frases iniciadas y no terminadas, pensamientos incompletos, etc. También se distinguen los despistes, las imprecisiones o los *lapsus linguae*, anotados todos ellos al pie de página. El editor ha respetado, asimismo, los vocablos típicos de El Salvador. En cambio, ha corregido aquellos textos —escasos, por cierto— donde existen problemas de concordancia de género, número y persona.

En algunas ocasiones, por tratarse de un vibrante lenguaje oral, algunas partes del sermón son difíciles de entender. Sin embargo, no se ha alterado el contenido, pues, ante todo, se ha tratado de no quitar ni añadir nada a las palabras del orador sagrado.

Son de agradecer, por otra parte, la abundancia de explicaciones que el editor aporta en concisas notas para ilustrar el contexto histórico, completar datos o precisar algunas citas de documentos escriturísticos o magisteriales usados por Mons. Romero.

Los asteriscos que se insertan en el texto indican el momento en que la feligresía que escuchaba al Arzobispo aplaudía entusiasmada, manifestando de esa manera su consenso ante lo afirmado por el Santo. Es un hecho recurrente, signo del afecto que los oyentes le profesaban.

Las homilias reproducidas, para la mentalidad occidental, pueden parecer bastante extensas. Hay que entender que su amplitud es fruto de aquellos hábitos y parámetros culturales. Son distintos a nuestro frenético inmediatismo. Los fieles disfrutaban saboreando las consideraciones de su pastor. Y también el que se acerca a la lectura de este volumen. Repasar estas páginas, por consiguiente, no

cansa, ya que el Prelado sabe trenzar bien los argumentos, desglosándolos con sabia pedagogía, conjugando el comentario de la Sagrada Escritura con la iluminada aplicación del mensaje bíblico a la ardua coyuntura que signaba entonces a aquella probada nación centroamericana. Fue un periodo doloroso y complicado, en el que se incrementó la represión del Gobierno salvadoreño y los escuadrones de la muerte multiplicaron la extorsión, la inhumanidad y la violencia en sus acciones. Muchos dirigentes sindicalistas, campesinos, maestros y gente sencilla del pueblo fueron apresados y torturados. Hubo igualmente numerosos desaparecidos. También las organizaciones político-militares de izquierda se prodigaron en los secuestros de diplomáticos extranjeros y empresarios. Ante semejante panorama, la voz del Arzobispo no quedó enmudecida. Por el contrario, mons. Romero no dudó en defender la vida, clamar valerosamente contra la represión y requerir la libertad, tanto de los vilmente secuestrados como de los desaparecidos.

El volumen va precedido de una enjundiosa introducción a cargo de John Sobrino y Miguel Cavada. Sus breves páginas resaltan los ejes fundamentales de los sermones, indicando al mismo tiempo la dolorosa situación política y social de El Salvador, la lucidez con la que el Santo afrontaba las heridas del pueblo al que apacentaba, sus sentimientos personales, su amor a Cristo y a la Iglesia, los objetivos que perseguía con su predicación, los acuciantes retos que debían afrontar las comunidades eclesiales, etc.

Como audaz predicador, este preclaro testigo del Evangelio lograba alternar los símbolos con los conceptos, las palabras con las imágenes, el lenguaje el poético con el profético, el emocional con el racional. Además, ubicaba su reflexión en el cuadro de la liturgia para asentar, en primer lugar, unas sólidas bases de manera que su oratoria hiciera resonar la voz de Cristo en la Iglesia. Si desmenuzamos sus sermones, percibimos sin vacilación que el principio cristológico y sobrenatural será una de las premisas de su modo de comprender la predicación. Esta ha de intentar mostrar en palabras humanas la misma palabra de Dios.

El libro es un auténtico manantial de recia espiritualidad. No de una espiritualidad vaga y abstracta. Al final de casi todas las homilias, san Óscar reseña hechos diocesanos, iniciativas pastorales, mensajes que ha recibido de distintas personas, denuncias que le han llegado u otras variadas noticias. Es la manera que tiene el Arzobispo de brindar criterios de vida cristiana, resaltar los eventos fundamentales de la semana o puntualizar informaciones erróneas o parciales. Nos encontramos, pues, ante un predicador que pone en práctica la ley de la encarnación, conociendo bien el corazón de Dios y el sufrimiento de su grey, así como los senderos que unen esas dos realidades. A modo de puente, Mons. Romero escrutaba la Escritura, suplicaba la divina clemencia, escuchaba la aflicción de su pueblo lacerado, infundía ánimo a los atribulados, sembraba esperanza para que no triunfara la injusticia, derramaba el bálsamo de la serenidad, batallaba sin ambages contra el mal, invitaba a la plegaria, exhortaba constantemente a la

conversión. Como fiel mediador y perspicaz consejero, su propósito consistió siempre en verter en abundancia la luz del Evangelio sobre las realidades que tenían que encarar cotidianamente sus fieles. No es extraño entonces que, en el segundo domingo de adviento, comentando las lecturas bíblicas, mons. Romero dijera a los allí congregados: “Cristo es el gran camino y el encuentro con Dios. Pero, antes de terminar con este pensamiento, yo quiero detenerme aquí, porque si estos –nuestras vidas, la historia de nuestro pueblo– son los caminos concretos por donde Dios está saliendo hoy, en 1978, a salvar a los salvadoreños, es necesario conocer estos caminos. Y, por eso, es mi preocupación de que esta predicación del Evangelio no se desencarne, que la predicación de este domingo ilumine las realidades de nuestra semana. Y esto que hago yo aquí, desde una perspectiva bien incompleta, porque nuestra historia es mucho más compleja y cada familia y cada uno de nosotros, como individuo, tiene su propia historia, aquí no hago más que poner un ejemplo de cómo tenemos que hacer un esfuerzo por meditar la palabra de Dios: iluminando la realidad de nuestra historia, de nuestra vida. Cada uno, cada familia, tiene que iluminar la historia de su propio hogar, de su propia conciencia en la luz del Evangelio, que es la única que ilumina y salva” (“Homilía del 10 de diciembre de 1978”, p. 32).

El Arzobispo no era amigo de superficialidades. Buscaba el significado profundo de los acontecimientos, quería descubrir a Dios tras el velo de las apariencias temporales, recordar que Dios no abandona a los hombres, aunque a veces cueste entenderlo. Por este motivo sus sermones traen el cielo a la tierra e impregnan de eternidad lo pasajero. Están anclados en el momento presente sin quedarse en él paralizados. Manifiestan una dimensión personalista que acerca el divino e inextinguible amor al hoy humano sediento de redención. De esta manera la palabra del predicador acerca y acierta. Jamás es lejana, distante o desvaída. La categoría personal da a las homilías de san Óscar Arnulfo una concreción, una proximidad e incluso un calor muy especiales. Revelan de esta forma que todo ejercicio de la predicación ha de entrelazar liturgia e historia, como enraizamiento concreto del kerigma cristiano. Este cariz proporciona a su oratoria, por un lado, encumbramiento, por otro, profundidad, a la vez que una simultánea vinculación entre tiempo y eternidad. Y en ese camino de unir lo celestial con lo terrestre, mons. Romero brinda criterios de moral cristiana sin caer en moralismos escrupulosos o unilaterales. En los sermones del Prelado, Dios viene a esclarecer la existencia humana, no viene a ensombrecerla o atenazarla. El Arzobispo no ignora que del encuentro entre Cristo y los cristianos brota siempre un sano realismo, un caudal de libertad, una vehemente caridad, un horizonte de gozo inaudito. “Hay angustia, hay incertidumbre, hay muchos que están sufriendo, hay muchos hogares donde faltan seres queridos, hay tristeza en la Navidad de 1978 en El Salvador. Pero el que es cristiano sabe que hay una alegría de fondo, una alegría de esperanza y de fe, una alegría de austeridad y de que la misericordia de Dios no se arrepiente de haberse entregado y que la encontramos. A esa alegría serena yo invito que vivamos todos la Navidad.

Gracias a Dios que no exista una Navidad de tantas apariencias comerciales y de alegrías que son fugaces, como la pólvora que se quema y no deja más que basura. Alegría de profundidad es la que yo quisiera para todos los que estamos haciendo esta reflexión. Alegría en medio de la tristeza, del terror, de la angustia de nuestra historia; sin embargo, en el fondo hay una esperanza: “Has venido, Señor, y te encontramos. Nuestra fe confía en ti y sabemos que vienes a salvarnos y que cuanto más negra se pone la noche y más cerrados los horizontes, tú serás más redentor”. Esta noche es de oración. Es una noche en que, junto al altar de Jesús, que nace y viene a salvarnos, nosotros ponemos toda nuestra oración y nuestra confianza con la alegría serena que solo da la verdadera esperanza que Cristo decía: “Os doy mi paz, no como la da el mundo, sino la paz que es el fruto de esa sincera conversión que espera todo en Dios” (Jn 14,27)” (“Homilía del 24 diciembre de 1978”, p. 92-93).

Concluyendo, esta publicación nutre el alma porque trenza con preciosidad la palabra del Redentor con la humildad de mons. Romero de anunciarla a todos, en particular a los pobres. Los sacerdotes encontrarán en estas páginas atinadas pistas para enriquecer sus propias homilías, las almas consagradas pautas para vivir su entrega con total generosidad. Los seminaristas hallarán en este libro aliento para encaminarse decididos al altar, los laicos un vigoroso acicate para edificar sin tibiezas la sociedad según el evangélico modelo de las bienaventuranzas. En definitiva, será una obra que prestará un gran e invaluable servicio, porque más que polarizar la atención en la elocuencia de un intrépido mártir, por hermoso que haya sido su arrojo, su logro estriba en que vuelve atractivo y convincente para el hombre de hoy el mensaje de Cristo, que sigue actuando en la vida de los creyentes, tal y como advirtió el Prelado: “Todos los que predicán a Cristo son voz, pero la voz pasa, los predicadores mueren, Juan Bautista desaparece, solo queda la Palabra. La Palabra queda y este es el gran consuelo del que predica: mi voz desaparecerá, pero mi palabra, que es Cristo, quedará en los corazones que lo hayan querido recoger” (“Homilía del 17 de diciembre de 1978”, p. 45).

Fernando Chica Arellano

HISTORIA

CENDEJAS BUENO, J.L. – ALFÉREZ SÁNCHEZ, M.^a, *Francisco de Vitoria sobre justicia, economía y dominio*, Universidad Francisco de Vitoria, Madrid 2020, 270 p.

La actualidad del dominico Francisco de Vitoria, fundador de la escuela teológica y jurídica de Salamanca en el siglo XVI, se ha visto reafirmada por

los abundantes descubrimientos que se están produciendo tanto en el área de moral económica del periodo, como entre los investigadores de la propia teoría económica del momento crucial de la historia moderna de España.

En efecto, la continuidad de los reinados sucesivos de Carlos V, Felipe II, y Felipe III, en la que se dieron unas condiciones sociales, militares y económicas que permitieron hablar por primera vez de la economía global en Europa, por la intensa y fácil relación de las Ferias y mercados de las principales ciudades del tiempo. En esa línea deseamos reseñar el trabajo del profesor José Luis Cendejas y María Alférez, que ahora presentamos: la publicación de clases de Francisco de Vitoria en el siglo XVI en Salamanca comentando la *Suma Teológica* de santo Tomás

Asimismo, el oro y la plata que llegaba de América, de modo casi constante y periódico, facilitó el gran desarrollo económico europeo del XVI por la mejora y aumento de la producción en la industria para la exportación a América de bienes de necesidad y a la vez la seguridad del pago de dichas transacciones, provocó una gran bonanza y optimismo económico.

Por otro lado, como es bien conocido por los trabajos de Hamilton se produjo una inflación que llevó al empobrecimiento congénito del imperio y consecuentemente la decadencia de España en los años posteriores, sobre todo en los alrededores del epicentro de la distribución y llegada del metal desde América, especialmente en Andalucía.

Francisco de Vitoria pasará a la historia de la moral económica del XVI, en primer lugar, por la manera positiva de enfocar el oficio de mercader, es decir, como un servicio oficio importante para el desarrollo de la vida social y económica de un reino, como quien contribuye de manera importante al bien común. A la vez, sin dejar de ser consciente, del grave riesgo que corría su alma por el contacto con la riqueza. De ahí, la llamada apremiante a cultivar la vida espiritual, la dirección espiritual y estar atento a la virtud de la prudencia y a la virtud de la justicia para no perderse por el apego a los bienes sensibles: “si los comerciantes hacen bien su oficio sus actos son virtuosos y dignos de alabanza”. Es decir, se esforzará Vitoria en recordar la importancia de evitar, no sólo la usura, sino también el lucro excesivo en las transacciones o sencillamente indebido según la justicia.

Al partir de una antropología cristiana, el hombre hijo de Dios y dotado de la dignidad del que es imagen y semejanza de Dios, por lo que no servirá más que a Dios y buscará sostener honradamente su familia sus relaciones mercantiles. Así pues, Vitoria, estudia los mercados y el oficio de mercader, proyecta el derecho natural y el derecho de gentes, a la economía a la propiedad y aporta la visión del al precio justo: “común estimación de los hombres”, es decir, las importantes aplicaciones de los principios de la moral de santo Tomás a los problemas del nuevo mercado global.

José Carlos Martín de la Hoz

LA PARRA, E., *Manuel Godoy. La Aventura del poder*, Ed. Tusquets, Barcelona 2020, 582 p.

A finales del siglo XVIII se sucedieron en Europa autores y fenómenos culturales, políticos y religiosos que hicieron temblar hasta lo más profundo las columnas en las que hasta entonces se había apoyado firmemente la civilización occidental, cuando no dieron al traste completamente en algunos países importantes de Europa, con la totalidad del orden establecido.

Aunque se establecieran cordones sanitarios por parte de la monarquía española, profundamente regalista, los “libre pensadores” y el orden liberal terminó por llegar a España.

Seguir hablando de que la ilustración francesa no penetró en España, ni en América, ni en nuestras universidades, colegios y seminarios ni en amplias capas de la sociedad, es sencillamente ignorar la ingente documentación publicada en estos años así como excelentes ensayos y obras de conjunto editados.

Precisamente Emilio La Parra (1949), catedrático de historia Contemporánea de la Universitat de Alacant, es uno de los autores que más ha contribuido a dar a conocer esa época de nuestra historia. De hecho, hace ya veinte años publicó la primera edición de la extraordinaria biografía del valido Manuel Godoy (1767-1851), hombre clave para entender el reinado de Carlos IV y, por tanto, el destierro a Francia, la abdicación, la invasión francesa, las Cortes de Cádiz, la guerra de la independencia y la restauración de Fernando VII.

Indudablemente, en este trabajo, nuevamente reeditado, encontrará el lector todas las principales aportaciones de la historiografía desde hace veinte años, junto con los documentos publicados desde fuentes nuevas, archivos nacionales y extranjeros y, sobre todo, la madurez del análisis del autor quien en los últimos veinte años de trabajo ha llegado a la madurez de la vida académica y de la interpretación de los datos (p. 32-33).

La actuación de Godoy en la difusión de las ideas ilustradas aplicadas a nuestro país no se limitaron a darle continuidad a las políticas educativas, jurídicas y políticas que se pusieron en marcha en el periodo de Carlos III (174), sino que cobraron acentos muy propios del valido como detentador real del poder, como por ejemplo el impuso del nuevo método científico en las universidades (p. 179) y el apoyo completo a los intereses de la burguesía, supresión del ordenamiento gremial e impulso de las Sociedades económicas de amigos del país (p. 182-183).

En cuanto a la Iglesia Godoy tenía una visión distinta de Jovellanos y otros hombres de Estado ilustrados, quizás por falta de profundidad de cultura y de juicio: “Para Godoy la reforma de la Iglesia no era la gran empresa que debía desarrollar, sino un campo más donde actuar para fortalecer la autoridad de Carlos IV. Así, las relaciones con el Papa quedaban determinadas por las

pretensiones españolas en Italia y no era tan importante lograr rescatar las reservas pontificias, como no perder opciones en el juego internacional” (p. 194).

José Carlos Martín de la Hoz

HAGIOGRAFÍA

MEDINA ARJONA, E., *Ana de Jesús, priora de Beas*, Diputación Provincial de Jaén-Instituto de Estudios Giennenses, Jaén 2021, 145 p.

Esta publicación presenta características salientes de la encrucijada histórica y literaria, así como la semblanza que la profesora Encarnación Medina Arjona, Catedrática de Filología Francesa de la Universidad de Jaén, ha elaborado sobre una figura extraordinaria, colmada de virtudes y sublimes cualidades humanas, cristianas y espirituales. Me refiero a la egregia carmelita descalza Ana de Jesús, cuya aportación a la vitalidad de la Iglesia, en una época compleja y ardua, fue decisiva, pues supo encarnar e impulsar de manera fiel, entusiasta y audaz el carisma reformador de santa Teresa de Ávila.

En doce breves capítulos la autora traza pinceladas de la vida y obra de esta insigne mujer, nacida en Medina del Campo (Valladolid) el 25 de noviembre de 1545. Su nombre de bautismo fue Ana de Lobera y Torres, hija de una familia de hidalgos castellanos sin gran fortuna. La niña quedó sordomuda hasta los siete años. Sin embargo, y para general sorpresa, a esa edad rompió a hablar, mostrando una destacada inteligencia, rica en agudeza y brillantez. Al cumplir los nueve años muere su madre, quedando bajo la tutela de sus abuelas, materna y paterna, que no se cansan de buscarle un pretendiente que la desposara. Ella, sin embargo, no consideraba esa su opción de vida. Con tenacidad insobornable, humilde y confiada oración, cultivo de la devoción mariana y siempre bajo la dirección espiritual de sabios sacerdotes, Ana avanza en su adolescencia y juventud por el camino de la perfección cristiana, ambicionando consagrar por entero su existencia a Dios.

El 31 de julio de 1570 entra en el Carmelo de san José de Ávila y al día siguiente toma el hábito. Santa Teresa pronto supo advertir las relevantes capacidades de la novicia, compartiendo con ella sus más profundas experiencias de intimidad con Dios y otorgándole responsabilidades para nada mediocres, a las que Ana respondía con acierto y clarividencia, dada su habilidad para establecer relaciones interpersonales, su pericia para gestionar intrincados asuntos y su sincero amor a Cristo. De esta forma, esta ilustre religiosa fue asimilando todas las facetas e intuiciones de la madre Teresa, convirtiéndose en su más fecunda colaboradora. Tras el fallecimiento de la Santa, Ana de Jesús jugará un papel considerable en la conservación y difusión de los escritos teresianos.

Cimentada en una selecta bibliografía, esta monografía de la Dra. Medina va indicando los hitos más señeros del itinerario vital de la madre Ana, deteniéndose particularmente en su actuación en el monasterio de carmelitas descalzas de Beas de Segura (Jaén), primera fundación teresiana en Andalucía. Ana fue priora de este convento, muy frecuentado también por el padre Jerónimo Gracián y san Juan de la Cruz, con los que sintonizó profunda y rápidamente. Fueron almas estrechamente unidas por el ardiente empeño de purificar a la Iglesia de cuanto no está en consonancia con la peculiaridad de su naturaleza y misión, despojándola de adherencias nocivas para vestirla solo de Dios.

En junio de 1581 Ana concluye su segundo trienio y deja de ser priora en Beas, comunidad que iba adquiriendo paulatinamente una tersa identidad espiritual. La obediencia abre entonces para ella nuevos horizontes. De este modo, el 20 de enero de 1582, acompañada de seis monjas, se instala en Granada para dar comienzo a la andadura del monasterio carmelita de San José en esa capital andaluza. Ana fue priora de esa fundación del Carmen femenino, la primera que no realizara personalmente la santa abulense.

Granada fue una prolongación de Beas, resultado igualmente del tesón y la fraterna cooperación de Juan de la Cruz y Ana de Jesús, que siempre nutrieron su proceder de la copiosidad del manantial teresiano. Ese espíritu de leal sinergia llevará a estos dos paladines del Evangelio a Madrid, donde, en 1586, dan inicio a un nuevo Carmelo. Se verificaba así un sueño que Teresa no pudo ver cumplido: establecer un convento suyo en la capital de España. En ese monasterio pasó muchas tribulaciones por mantener las constituciones de santa Teresa, viéndose incluso recluida en su celda durante tres años.

En 1594 la madre Ana se retira a Salamanca, siendo elegida priora de ese monasterio en 1596 y trabajando incesantemente para que se reconocieran las virtudes y milagros de la Santa Reformadora.

De esa hermosa ciudad castellana sus superiores la destinan a Francia. El 18 de octubre de 1604 Ana funda el Carmelo de París y en 1605, los de Pontoise y Dijon. De esta manera, los esfuerzos de esta eximia contemplativa obtienen la introducción de las carmelitas descalzas en el país vecino. No fue fácil tampoco ese tramo de su existencia, ya que allí le tocó hacer frente al cardenal Pierre de Bérulle, del que discrepó por su forma de entender la dirección espiritual de las carmelitas, a las que deseaba también imponer el voto de "servicio", cosa que no fue aceptada por las religiosas.

Cuando estaba a punto de regresar a España, a causa de las contrariedades que el Purpurado francés le procuraba, los Archiduques Regentes en Flandes, Alberto e Isabel Clara Eugenia, hija del Rey Felipe II e Isabel de Valois, impresionados por la integridad de vida de esta magnánima religiosa, patrocinan la implantación del carmelito descalzo en Bruselas. Ana funda en esa ciudad en 1607, incoando a continuación la apertura de los monasterios carmelitas de Lovaina y

Mons. El padre Gracián, que estaba en Bélgica por aquel tiempo, queda como su director espiritual.

Tras varios años de desabridas enfermedades, que incluso le acarrearón la parálisis total de brazos y piernas, inflamada en amor a Dios, fallece la madre Ana en la capital belga. Era el 4 de marzo de 1621. En los momentos de mayor sufrimiento suplicaba que le leyesen la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo y no dejaran de rezar a su lado.

Tras su muerte se inició el proceso para su beatificación, alentado por múltiples testimonios de personas que no dudaron en confesar los abundantes méritos de esta prestigiosa mujer. En 1632 don Ángel Manrique editó en Bruselas la vida de Ana de Jesús, evidenciando su notable perfil humano y cristiano. Hasta 1642 no cesaron de recogerse significativas y elocuentes declaraciones. Luego, desgraciadamente, todo este dinamismo se interrumpe. A finales del siglo XIX volvió a retomarse la causa, que tuvo un momento clave en el 2019, cuando el papa Francisco reconoció las virtudes heroicas de esta eminente carmelita.

De la lectura de estas páginas aprendemos que la Madre Ana fue una mujer fuera de serie, adelantada a su tiempo, dotada de innegables facultades para afrontar los innumerables retos que marcaron su laboriosa vida. Y todo ello porque fue amiga incondicional de Cristo, espejo de vocación contemplativa, indomable en defender sus más profundas convicciones, alejada por completo de tibiezas y componendas y briosa defensora del carisma teresiano, por el que luchó denodadamente para librarlo de contagios mundanos y amaños impropios del querer de santa Teresa, de la que fue auténtica discípula, devota continuadora y óptima conocedora de su legado.

Esta célebre religiosa fue llamada “la capitana de las prioras” (p. 45). San Juan de la Cruz, “cuando fue prior del Calvario, y encargado de confesar a las carmelitas de Beas, dirá de Ana de Jesús: “Se parecía en todo a santa Teresa: mismo espíritu de oración, misma manera de actuar, mismas capacidades, mismo tipo de gobierno”. Y más tarde reconocerá incluso que igualaba a santa Teresa en dones espirituales y la sobrepasaba en los dones naturales” (p. 46). Y aunque durante su vida fueron muchos los que podían haber suscrito esta laudable apreciación sanjuanista sobre la excelsa talla moral de Ana de Jesús, incomprensiblemente la valía e iniciativas de esta hija predilecta de Teresa se vieron obstaculizadas por el rigorismo de Nicolás Doria, Superior provincial y primer Preósito general de los carmelitas descalzos, que no supo captar el tesoro de santidad de esta preclara mujer. Por esta y otras razones, su periplo existencial no estuvo carente de cuitas y congojas. Se vio sometida a encarcelamiento y a la privación de la comunión eucarística, además de no ser escuchada cuando brindaba su parecer sobre todo lo concerniente a la manera de establecerse las nuevas fundaciones descalzas, hecho este que laceró hondamente su alma.

Igual desdicha corrió su buen amigo el padre Jerónimo Gracián de la Madre de Dios. Habiendo sido Provincial (1581-1585) y siempre cercano a Ana de Jesús, sufrió arduos padecimientos y numerosas críticas por su estilo suave de gobierno y sus actitudes de caridad hacia los súbditos. Sobre la persona de este conspicuo religioso se fueron acumulando acusaciones e invectivas al defender, en contra de la rígida línea escogida por Doria, la máxima fidelidad a las indicaciones que venían de santa Teresa. Tras cuestionables procesos, el General de la Orden logra, con fecha 17 de febrero de 1592, que al padre Gracián se le quite el hábito descalzo y sea expelido del Carmelo, precisamente a él que había sido visto por santa Teresa como uno de los sacerdotes de más confianza y talento. Hicieron falta cuatro siglos para la rehabilitación oficial y póstuma del padre Gracián por parte de los carmelitas descalzos. Esta reparación fue llevada a cabo por el Definitorio General, en su sesión 47 del 15 de diciembre de 1999, que, acogiendo una petición formulada por parte del capítulo general de los carmelitas descalzos de 1991, revoca la sentencia condenatoria de 1592, que expulsó a Gracián de la Orden.

Por su parte, esta sucinta y provechosa obra de la Dra. Medina puede ser también un adecuado canal para sacar de la penumbra de la historia a la madre Ana de Jesús, a la que podemos calificar sin equivocaciones como una abanderada de la caridad, un alma que conquistó elevadas cimas en la escucha y puesta en práctica de la divina palabra, una aventajada en la escuela del silencio y la plegaria. Amparada en válidas noticias y testimonios, la autora de este volumen subraya estas y otras vertientes, a la vez que insiste en la necesidad y conveniencia de que Ana, adornada de encomiables rasgos de santidad, como Teresa de Ávila y Juan de la Cruz, sea elevada a la gloria de los altares.

Ciertamente, en la hodierna coyuntura, el arrojo y aplomo a la vez de la que fuera priora del Carmelo de Beas de Segura, su estilo de mujer creyente, sensata, serena, valiente, de buen gobierno y sano equilibrio interior pueden servir de ejemplo a muchos jóvenes, tan precisados de modelos que los orienten con valores inmarcesibles, que no son fruto de modas pasajeras o tópicos manidos e insulsos.

Seguro que la canonización de Ana de Jesús, que tantos anhelamos con filial esperanza, enriquecerá no solo a los miembros de la vida consagrada, sino a la sociedad entera, que descubrirá en esta admirable claustral una certera brújula para no sucumbir ante tendencias anodinas, propagandas falaces o quiméricas fascinaciones. Sin duda, este libro rema a favor de esta noble causa, convirtiéndose simultáneamente en un pujante acicate para su cabal y benéfica consecución.

Fernando Chica Arellano

